

Cuando las Cosas Buenas le Pasan a la Gente Mala

El Cristiano y la Envidia

Steve Henning

A Dan Cummings de la *Iglesia Comunidad de los Cinco Puntos*, con quien tengo una gran deuda de gratitud por mi entendimiento y disfrute de la palabra más importante en la vida de todo creyente: *gracia*.

Introducción

Hay una cosa que todos tenemos en común sin importar cuál es nuestro sexo, raza, condición socio-económica, nacionalidad o religión: todos nosotros anhelamos la felicidad. La felicidad es la fuerza impulsora detrás de todas las decisiones que tomamos. La felicidad es el factor determinante cada vez que hacemos una compra. Desdichadamente, muchas personas hacen compras mucho más allá de la capacidad de sus límites económicos, cayendo así en

deudas y perdiendo a menudo aquellas mismas cosas que consideraban necesarias para su propia felicidad. Hay otros que pueden darse el lujo de comprarse todo lo que deseen, pero estos deciden más bien ahorrar su dinero para el futuro porque creen que su ahorro les producirá una satisfacción aún mayor a largo plazo. Sin embargo, como dijo el gran matemático Pascal:

*Todos los hombres sin excepción buscan la felicidad. Cualesquiera que sean los diferentes medios que utilicen, todos tienden hacia este fin... La voluntad nunca toma el más mínimo paso que no sea hacia este objetivo. Éste es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, aún de aquellos que se ahorcan colgándose de una cuerda.*¹

Ahora, ¿porqué sucede esto de esta manera? La respuesta se encuentra en la naturaleza misma de Dios, pues Dios nos hizo para buscar nuestro gozo y felicidad, pues Él es un Dios lleno de gozo y feliz. Cuando hizo a la humanidad a Su imagen nos diseñó para imitarle a Él en la búsqueda de nuestra felicidad por encima de todas las demás cosas.

No obstante, mientras todos deseamos ser felices por encima de todas las demás metas, la felicidad que tanto anhelamos con frecuencia es algo pasajero. ¿Porqué sucede esto? A menudo la respuesta es sumamente compleja debido a la amplia gama de experiencias de los billones de personas en nuestro planeta, pero cuando tratamos de buscar una respuesta

¹ Blaise Pascal, *Pascal's Pensées*, traducido por W. F. Trotter (New York: E. P. Dutton, 1958), p. 113.

simple, creo que podemos clasificar en tres categorías todas las experiencias que impiden la realización de nuestra felicidad.

La primera categoría de eventos que hace que nuestros gozos sean breves es la tragedia. La fiebre de un bebé puede disipar la felicidad, como lo puede hacer un incendio, un accidente automovilístico o un huracán. Así también, una fiebre que disminuye o un generoso convenio relacionado con un seguro pueden devolvernos nuestra felicidad a lo que era antes.

La segunda categoría de eventos que hace que desaparezca nuestra felicidad es la insatisfacción. Esta recibe muchos nombres y todos son negativos: envidia, celos y codicia. Nuestro mundo está marcado por los efectos de la falta de satisfacción. Por ejemplo, la insatisfacción es la principal causa de divorcio en el mundo. Los hombres y las mujeres en todas partes llegan a estar insatisfechos con sus cónyuges y dirigen su mirada hacia otro lugar, dejando un gran dolor a sus cónyuges, hijos y a los demás miembros de la familia. La insatisfacción puede hacer que un hombre busque la felicidad en el alcohol y las drogas. Hace que otros busquen la plenitud en la pornografía. De hecho, la envidia es la razón principal detrás de las deudas con tarjetas de crédito, el robo e incluso la violación y el homicidio.

La tercera categoría que afecta la felicidad es la más seria, pues ésta no solamente afecta a los hombres en esta vida, sino también en el más allá. Es el descuido espiritual. El descuido espiritual es la falta de atención a la relación de todo hombre con su Creador. El hombre fue hecho para cumplir un propósito específico en la tierra el cual es vivir para manifestar a su Dios. La Biblia llama a esta manifestación la *glorificación* de Dios. Cuando los hombres y

las mujeres dejan de cumplir este mandato divino, su experiencia será la tristeza en lugar del gozo. Por esta razón son incontables los hombres y mujeres en nuestro planeta que tienen todo lo que pudieran desear y aún así encuentran algún vacío en sus almas. Tienen la casa de sus sueños, los carros más caros, la mejor educación, fama, reconocimiento, adulación de parte de los medios de comunicación, cónyuges sexy, y mucho más, sin embargo, tristemente, no son felices. Esta prevaleciente falta de felicidad entre los hombres de todas las razas no debiese sorprendernos, pues Dios nos dice que la vida del hombre no consiste de sus posesiones. No hay ningún tipo de beneficio cuando el hombre gana todo el mundo pero pierde su propia alma.

Se han escrito muchísimos libros sobre la primera categoría de eventos que interrumpe nuestra felicidad. Estos libros tratan con las raíces del sufrimiento y los autores de estos libros buscan encontrar respuestas y soluciones para aquellos que experimentan la tragedia. Estos esfuerzos son tanto nobles como necesarios, pues el sufrimiento es una experiencia universal. Todos sufren, ricos y pobres, educados o carentes de ella, hombres y mujeres. Algunos de estos libros son más bien buenos; otros, según la opinión de este autor, no son tan útiles.

La tercera categoría también ha producido las reacciones y perspectivas de una vasta gama de autores y filósofos religiosos y seculares. Estos autores tratan de dirigir nuestra mirada a aquello que se encuentra más allá del aquí y ahora. Ellos hablan correctamente de una eternidad y un juicio en el que los hombres enfrentarán a Dios. Dependiendo de la persuasión religiosa del escritor, las respuestas y la dirección van a variar. Aunque algunos de

estos libros son bastante buenos otros están llenos de errores que, si se llegan a creer, seguramente defraudarán a muchos en cuanto a su estado eterno. Sin embargo, sobre este tema tan importante, existe solamente un libro en el que se puede confiar completamente. Es el *best seller* más grande del mundo: la Biblia. Esto no quiere decir que no se deben leer otros libros, pero su valor se encuentra en su concordancia con el libro de Dios. Por lo tanto, una buena manera de determinar el valor de un libro que busca cómo instruir a los hombres en cuanto a su necesidad de reconciliación con su Creador es verificar sus enseñanzas comparándolas con la Biblia. Cualquier libro que entre en contradicción con la Biblia no ha de ser creído o apreciado.

La segunda categoría que obstruye nuestra búsqueda de la felicidad ha sido generalmente ignorada tanto por los cristianos como por los escritores seculares. Cuando digo ignorada no quiero decir que nadie haya considerado ni escrito sobre este tema. Lo que quiero decir es que hay muy pocos libros que se dediquen de manera exclusiva a tratar el tema de la envidia. ¿Podría ser que la envidia y los celos son emociones tan horribles y tan comunes a cada hombre, mujer y niño que sólo pocos deseen escribir acerca de ellos y aún menos estén dispuestos a leer acerca de ellos?

Cualesquiera que puedan ser las razones, el tema es importante y nuestro Creador ciertamente tuvo mucho que escribir al respecto. Él nos dice que la envidia es algo frecuente y extremadamente insensata. Además, es muy peligrosa. El Rey Salomón consideraba que era más peligrosa que un mal temperamento que se sale de control, "*Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas, ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?*" La verdad es que la codicia, los celos y la envidia

hieren a las demás personas tanto o más que la pobreza, la injusticia y otros males sociales. De hecho, todo el daño y las penas causados a las demás personas por parte de otras, con excepción de los accidentes, ocurren debido a la envidia.

No solamente esto, Dios nos dice por medio del apóstol Pablo y del discurso de Jesús con el joven rico que la envidia y la codicia, sin el remedio del bálsamo del Evangelio, condenarán nuestras almas. Ciertamente Dios tiene razón.

Note, por ejemplo, el predominio de la envidia entre los seres humanos. No hay excepciones de hombres y mujeres que no tengan viviendo en su interior a este enorme monstruo verde. De hecho, esta es una de las primeras características desagradables que vemos primero en nuestros hijos. La palabra *mío* se aprende muy rápidamente y se le da muchísimo uso. Este pronombre posesivo se usa no sólo para describir las pertenencias personales del niño, sino también las posesiones de otros niños. Tan pronto como se lleva a cabo el intercambio social, podemos esperar que nuestro niño juegue felizmente con su juguete hasta que se dé cuenta que Juanito tiene algo diferente. Esto generalmente resulta en una gran cantidad de gritos, llanto y ocasionalmente un poco de sangre de alguna de las frentes de los niños. Por supuesto que esta conducta exaspera al padre que no entiende porqué su hijo no juega satisfecho con sus propios juguetes. Nos preguntamos por qué es que siempre desea los juguetes de los otros niños, sabiendo que tiene ese mismo juguete en casa – el mismo que ahora está disfrutando – pero que raras veces toca.

Si bien nadie está exento de esta locura, ni siquiera los niños, parece como si el monstruo

verde ruge aún con más fiereza en el interior de la mayoría de adultos. De hecho, la envidia en los adultos, aunque más interiorizada, cosecha una confusión aún mayor que el espíritu codicioso de nuestros niños. Envidiamos el carro de nuestro vecino, su casa, sus hijos, su ropa, su trabajo, posición, amigos y esposa, y cuando la codicia se exterioriza, destruye los hogares y rompe los corazones humanos. Con frecuencia las reputaciones quedan socavadas y se rompen las amistades. Quizá la única diferencia entre los adultos y sus niños es el costo de sus juguetes y el grado en el que están dispuestos a pelear para conseguirlos y mantenerlos.

Aún los cristianos más comprometidos batallan con este espíritu de envidia. Por ejemplo, tome al gran Apóstol Pedro. Pedro ni siquiera pestañeó cuando el Señor le dijo que moriría de manera dolorosa, pero al observar que el Señor no dijo nada sobre el futuro de Juan, preguntó, “¿Qué acerca de él?”

Si bien es cierto que Pedro había negado a su Maestro, también es verdad que Juan no era un ángel. Él y su hermano habían codiciado una posición de rango superior entre los doce, incluso llegando al punto de enviar a su madre de cabello ya cano a presentarle una petición al Señor para que les brindara un lugar especial a sus dos hijos. Además, tenían malos temperamentos. Eran los “hijos del trueno,” quienes deseaban destruir a todos aquellos que no caminaran como ellos pensaban que debían caminar. Así que, aunque Pedro había pecado, se había arrepentido y había aceptado de buena gana el papel que Jesús había colocado ante él, estaba más que un poco curioso en cuanto a lo que Juan podría enfrentar en el futuro. Juan se había mostrado a sí mismo como alguien infiel en muchas ocasiones, así como lo había hecho Pedro. Ciertamente Juan no merecía una vida

más fácil y una muerte pacífica.

Estos pensamientos preocupaban a Pedro, y si somos honestos, tales pensamientos a menudo nos preocupan. Podríamos enfrentar estas preocupaciones con una resolución a continuar hacia adelante, pero a menudo nos desanimamos cuando observamos la prosperidad de tantos que, en apariencia, son más egoístas y arrogantes que nosotros.

Yo también, como pastor que desea ser fiel a la Palabra de Dios, tengo que enfrentar esta batalla casi diariamente. Como iglesia, tratamos de predicar fielmente el Evangelio. Tenemos unas ansias profundas de ver la verdad desarrollándose y el error frustrado. Anhelamos ver exaltado a nuestro Salvador en todo lo que hacemos. Queremos ser bíblicos y fieles en nuestra adoración y ministerios. Sin embargo, nuestro crecimiento ha sido pequeño. A menudo batallamos financieramente como iglesia debido a nuestros pequeños números, y a veces, por nuestra falta de obreros y recursos. De vez en cuando sueño con una congregación numerosa con un edificio magnífico, pero estos sueños no dominan mis pensamientos ni producen un espíritu de insatisfacción. En el fondo de mi corazón estoy básicamente contento. Cuando decidí llegar a ser pastor, sabía que sería un trabajo difícil. Sé que la verdad no es popular. Cuando surgen las dificultades, sé que Dios las ha permitido para mi bien y mi crecimiento, lo mismo que para el bien y el crecimiento de la iglesia. Las dificultades del ministerio raras veces hacen que me pregunte, “¿Por qué?”

A pesar de este contentamiento, conocimiento y deseo de glorificar a Dios en mi vida, no obstante hay algo que a menudo corroe mi paz mental. Con frecuencia, cuando escucho sobre el crecimiento acelerado de la iglesia de algún

predicador que no predica fielmente el Evangelio, o que enseña errores o que tiene una mala reputación, entonces batallo con mi actitud. Más bien me turbo cuando escucho que algún predicador infiel recibe una gran donación para sus hermosos edificios (en plural) cuando nuestro edificio (en singular) necesita una buena reparación. Es en estos momentos cuando hago la pregunta tonta, y de hecho, pecaminosa: ¿por qué él? No es tanto que crea que yo merezco una congregación grande y próspera, sino que más bien cuestiono si es apropiado y justo que él haya recibido tal bendición.

Sin embargo, esto es insensato, pues es una gran tontería cuestionar al Creador de los cielos y la tierra en cuanto a porqué Él le da ciertas cosas a otros y a mí me da cosas diferentes. Además, esto es tonto porque el espíritu que mantiene la envidia en realidad acusa a Dios de ser injusto, carente de amor y mezquino.

De modo que, la envidia, como hemos visto, es común entre toda la gente. Le pido que reflexione en el título de nuestro libro: *Cuando las Cosas Buenas le Pasan a la Gente Mala*.

Este título fue inspirado en el éxito de librería de Harold Kushner, *Cuando las Cosas Malas le Suceden a la Gente Buena*. En ese libro, Kushner busca responder la pregunta de porqué sufre la “gente buena.” Aprecio los esfuerzos de Kushner por responder a esta pregunta tan perturbadora, pues Dios mismo inspiró el libro de Job para responder esta misma pregunta. Afortunadamente, Dios provee una mejor solución que Kushner, pues cuando Kushner escribe acerca de los hombres, asume demasiado y cuando escribe acerca de Dios, asume demasiado poco. En resumen, creo que la respuesta de Kushner de

por qué los hombres sufren es imperfecta debido a una perspectiva no saludable tanto de la naturaleza del hombre como del poder de Dios. Estos errores son obvios en su elección del título, pues asume que los hombres son naturalmente buenos, y asume que la muerte y la tragedia se hallan a veces fuera del control de Dios, de allí el título, *Cuando las Cosas Malas le Suceden a la Gente Buena*. Así como el título de la obra de Jane Austin, *Orgullo y Prejuicio*, anticipa lo que ha de venir en su gran clásico, así Kushner nos brinda una mirada a las obras interiores de su mente con este título.

Quiero enfatizar desde el principio, sabiendo y esperando que mis lectores serán críticos, que el título de este libro también es filosóficamente imperfecto, no vaya a ser que los hombres lean más allá de mis pensamientos. Sin embargo, este título está sesgado de forma consciente. En otras palabras, me estoy dando a conocer a mí mismo. Aunque el título *Cuando las Cosas Buenas le Pasan a la Gente Mala* es una verdadera reflexión de mucho de nuestro pensamiento e incluso del pensamiento de los santos de la Biblia, hombres como Habacuc, Jonás y David, existen al menos dos problemas implícitos con el título.

Primero, nuestro título plantea de forma incorrecta una falsa dicotomía entre los hombres en su referencia a la gente mala. Estas palabras insinúan que hay gente mala y luego están aquellos que no son tan malos. En otras palabras, hay justos, que buscan a Dios de corazón, con toda su alma, mente y fuerzas, y luego, claro está, están aquellos que son espiritualmente inferiores. Pero esto es cometer exactamente el error opuesto cometido por Kushner. El rabino Harold Kushner comienza su libro con la premisa de

que la mayoría de personas que sufren es gente buena. Está equivocado, como lo veremos más adelante. En la misma veta de error están aquellos que presuponen que muchos son inferiores a ellos mismos. Para aquellos de nosotros que nos hemos hecho la pregunta en cuanto a porqué ciertos hombres y mujeres prosperan, hemos asumido de alguna manera que somos intrínsecamente más juntos o más santos o más merecedores que ellos. ¿Somos nosotros, quienes trabajamos, quienes tratamos de agradar a Dios, y quienes vivimos en paz con nuestros vecinos, intrínsecamente mejores que el hombre, la mujer o el adolescente que tiene una gran riqueza y prosperidad, pero que sin embargo es deshonesto, irreligioso y que se preocupa muy poco o casi nada de sus prójimos? Muchos responderían, “por supuesto.” Sin embargo, debemos hacer una pausa y buscar la opinión de Dios en este asunto, a menos que estemos dispuestos a decir que Él no importa. Dios declara que todos los hombres hemos quebrantado Su ley, y cuando entendemos que el último de los Diez Mandamientos legisla contra la avaricia, podemos entender el veredicto universal de culpa pronunciado por Dios. Cuando juntamos nuestra avaricia con el orgullo que la sustenta, comenzamos a ver la naturaleza desesperada de nuestros corazones, pues aunque Dios aborrece la avaricia, el orgullo es una abominación para Él.

Pero, ¿acaso la envidia es tan mala? Ciertamente, ¿No es tan mala como digamos el asesinato, el robo o como dormir con la esposa de mi prójimo? Aunque es verdad que la codicia, la envidia y la insatisfacción son internas; y el asesinato, el robo y el adulterio son externos, de ninguna manera significa que la codicia sea menos que un pecado cuando se le compara con estos. De hecho, el asesinato, el adulterio y todos los otros pecados son

meramente expresiones de avaricia. En otras palabras, podemos seguirle la pista a todos los crímenes hasta dar con un espíritu de codicia.

Aún si este no fuese el caso, permanece el hecho de que no tenemos el derecho de envidiar los bienes o situación en la vida de cualquier hombre porque Dios nos ha ordenado que no lo hagamos. No necesitamos establecer un vínculo entre el asesinato y la avaricia para que la avaricia sea tan mala como el asesinato. Más bien, todo lo que debemos hacer es encontrar la fuente para los mandamientos en contra del asesinato y la avaricia, y esa fuente no es otra que Dios mismo. Por lo tanto, el asesinato es malo debido a que Dios ha dicho que el asesinato es una violación de Su ley. Y debido a que Dios ha dicho que la envidia, los celos y la codicia son violaciones de Su ley, ¡entonces son manifestaciones de rebelión contra Él!

Además, la envidia es una violación del carácter de Dios, pues Dios es amor, y ha hecho al hombre para que se amen los unos a los otros. La enemistad y la guerra no son recursos de Dios, sino más bien recursos del diablo. Esto es claro a partir de los principios gemelos que son fundamentales a todos los mandamientos de Dios, pues la ley de Dios se puede resumir en dos grandes mandamientos: amar a Dios con todas nuestras energías y amar al prójimo como a nosotros mismos. ¿Podemos decir con seriedad que amamos a nuestro prójimo cuando deseamos tener sus bienes, o su fama o incluso su esposa? Como un hombre ha escrito: “El amor no envidia, sino que se regocija en el bien de aquellos que son amados.”²

² Jonathan Edwards, *Charity and its Fruits*, (The Banner of Truth Trust, Carlisle, Pa, 2005), p. 120.

Es este problema del corazón, el de la envidia, el orgullo y la falta de amor, lo que hace que Dios llame pecadores a todos los hombres. La palabra *todos* es muy importante aquí. La Biblia, en todas partes, enseña y asume que *todos* los hombres son intrínsecamente los mismos. Aunque esta enseñanza no es popular, sin embargo es cierta y debe ser enfrentada. Dios, quien mira a todos los hombres y examina el corazón, llega a la siguiente conclusión con respecto a todos los hombres, “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Por lo tanto, ¿nos atrevemos a pensar que alguna otra persona es naturalmente más malvada y menos merecedora de la bondad de Dios que nosotros? El Apóstol Pablo nos recuerda la insensatez de compararnos a nosotros mismos con otros cuando escribió, “Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (II Corintios 10:12).

Segundo, nuestro título *Cuando las Cosas Buenas les Pasan a la Gente Mala* demuestra un error adicional porque insinúa que las “cosas buenas” de aquellos que tienen riquezas, los saludables, los exitosos y los famosos son un bien mayor que el que usted y yo disfrutamos en la actualidad. Éste es un asunto de idolatría que necesita corregirse y echar fuera de nuestros pensamientos como si fuesen basura, pues si conocemos a Dios y si tenemos Su justicia imputada a favor nuestro, somos infinitamente más bendecidos que aquellos que tienen bienes tangibles que perecerán. ¿Acaso Dios no le ha dado a Su pueblo aquello que es infinitamente valioso, a saber, la paz con Él? ¿No somos nosotros los más afortunados? Si decimos que disfrutamos de comunión con Jesucristo, Su Hijo, entonces seguramente Dios nos ha dotado con el más

grande de todos los tesoros posibles.

De modo que, las preguntas “¿por qué a mí?” y “¿por qué a él?” son básicamente la misma. Ambas expresan un orgullo pecaminoso al decir implícitamente que merezco más de lo que tengo actualmente porque yo soy el bueno o, al menos, el más virtuoso. Pero todavía más serios son los pecados de idolatría e ingratitud que todos los cristianos cometemos especialmente cuando se envidia la prosperidad de su prójimo impío y considera su salvación eterna como un bien de segunda categoría, insuficiente para traerle felicidad y gozo aquí en la tierra. El cristiano descontento básicamente dice a través de su insatisfacción, celos y envidia que Jesucristo no es suficiente. Con su actitud envidiosa dice que lo que realmente necesita, además de Cristo, es el empleo bien pagado, la casa bonita, los dos carros y la familia agradable. Tal actitud es predominante entre los cristianos, pero no debiese serlo, pues es algo indigno de un hijo de Dios.

Esta lección no es fácil de aprender y manejar. Ciertamente no la he aprendido tan bien como debiese. Pocos lo hacen, y por esa razón, en nuestro Cristianismo materialista, hay una gran inmadurez en la iglesia. Sin embargo, Dios no se ha quedado callado con respecto a este tema. Él conoce nuestra armazón y sabe que no somos sino polvo. Por lo tanto, Él nos ha dado mucha instrucción sobre este tema de la envidia que es el nombre del diagnóstico bíblico de esta inquietante enfermedad que se manifiesta con total claridad con la pregunta: *¿por qué él?* Me gustaría invitarle a reflexionar en uno de los capítulos más útiles sobre este tema y que se encuentra en la Biblia: el Salmo 73.

El propósito de este libro es triple. Primero, mi

deseo es que veamos el Salmo 73 como un salmo relevante para nuestras circunstancias, pues los ejemplos de la Palabra de Dios existen para alentarnos y enseñarnos a medida que realizamos nuestro peregrinaje terrenal hacia el cielo. Además, oro que Dios nos desafíe como Su pueblo a vivir de tal manera que el mundo perdido y agonizante de los hombres pueda observar verdaderamente en nuestra forma de hablar y en nuestros estilos de vida que estamos contentos sólo con Jesucristo, pues somos la luz y la sal de este mundo para que

así otros puedan probar y ver que Dios es extraordinariamente bueno. Finalmente, deseo que si usted, el lector, se halla sin Jesucristo, pueda encontrar que Él es más deseable que todo el oro, las tierras, la fama y los placeres que este mundo pueda ofrecer. Deseo que usted se vuelva a Él, viendo que sólo Él puede traerle a una correcta relación con Dios el Padre quien es el Tesoro más grande del universo.

Ninguno hay bueno sino uno: Dios.
Jesucristo

*¡Feliz el hombre cuyas esperanzas descansan en el Dios de Israel!
Él hizo el cielo, y la tierra, y los mares, con todo su séquito;
Su verdad se halla segura por siempre;
Él salva a los oprimidos, Él alimenta al pobre,
Y nadie será defraudado por Su promesa.*

Isaac Watts